

KANNITVERSTAN¹

por JOHANN PETER HEBEL

Por cierto que el hombre tiene a diario oportunidad de comparar y considerar lo inestable de todas las cosas terrenales, si quiere hacerlo y llegar a estar satisfecho con su destino, en Emmendingen y Gundelfingen tan bien como en Amsterdam, con lo que no quiere decirse que vuelen en el aire, a su alrededor, muchos pichones fritos. Mas, por el más extraño rodeo alcanzó en Amsterdam un artesano ambulante alemán la verdad y su conocimiento a través del error. Pues una vez que hubo llegado a esta grande y rica ciudad mercantil, llena de casas espléndidas, mecidos barcos y gente muy atareada, le llamó al punto la atención una casa grande y hermosísima como no había visto ninguna en su peregrinación desde Tuttlingen hasta Amsterdam. Durante largo rato contempló, con admiración, el precioso edificio, las bellas cornisas y las altas ventanas, más grandes que la puerta de la casa paterna. Finalmente no pudo menos de preguntarle a uno que pasaba por allí: "Buen amigo", le interpeló, "¿podría usted decirme cómo se llama el dueño de esta maravillosa casa, con las ventanas llenas de tulipanes, injertos y flores?". Pero el transeúnte, que es de suponer que tenía que hacer algo más importante y que desgraciadamente entendía tanto de la lengua alemana como el que preguntaba de la holandesa —justamente nada— dijo en forma breve y cáustica: "¡Kannitverstan!" (no le entiendo) y siguió su camino rezongando. Kannitverstan era la palabra, o las tres palabras holandesas, si nos fijamos en su composición (kan-nit-verstan) y es tanto como decir "no le puedo entender". Pero el buen artesano forastero creyó que era el nombre de la persona por la que había preguntado. Debe ser riquísimo este señor Kannitverstan, pensó, y siguió su camino. Calleja tras calleja, llegó finalmente a la bahía, a Het Ey, designado en alemán con la voz griega ypsilon. Vio allí una verdadera flota: barco contra barco, mástil contra mástil. Al principio no sabía cómo sería capaz, con sólo dos ojos, de ver y contemplar lo suficiente todas estas curiosidades. Hasta que finalmente llamó su atención un enorme barco, arribado hacía poco tiempo de las Indias Orientales y que estaba siendo descargado en aquellos momentos. Ya se veían en el muelle filas enteras de cajones y fardos. Y se seguían descargando más: barriles llenos de azúcar, de café, de arroz y pimienta, sin que faltaran los excrementos de ratón. Después de haber contemplado largo tiempo todo aquello, preguntó finalmente a uno que cargaba con un cajón bajo el brazo cómo se llamaba el feliz personaje que traía a tierra desde el mar todas estas mercaderías, "¡Kannitverstan!", fue la respuesta. El alemán pensó entonces: "¡Ah, ya comprendo! No es milagro que desde el mar traiga a tierra todas estas riquezas quien puede mostrar al mundo semejantes casas

¹N. de la R. Como complemento del trabajo de Heidegger reproducimos uno de los más célebres ejemplos de la creación literaria de Hebel.

y semejantes tulipanes ante las ventanas con macetas doradas". Volvió atrás entonces cavilando qué pobre hombre era él mismo entre tanta gente rica como había en el mundo. Pero cuando justamente pensaba lo bien que le iría como a este Herr Kannitverstan, dobló una esquina y tropezó con un gran cortejo funeral. Cuatro caballos negros, cubiertos con mantas negras, tiraban de un carro fúnebre lenta y tristemente, como si supieran que llevaban a un muerto a su eterno descanso. Seguía una larga hilera de amigos y conocidos del fallecido de par en par, cubiertos de negros mantos y mudos. A lo lejos tañía una solitaria esquila. De nuestro forastero se apoderó entonces esa tristeza que a nadie escapa cuando, con el sombrero en la mano, queda inmóvil y pensativo, hasta que todo ha pasado. Sin embargo, se acercó al último que había podido contar en silencio, le asió por el manto y le pidió excusas: "Debe haber sido un buen amigo vuestro" —le dijo— "pues la esquila tañe y acompañáis tan afligido y caviloso al cortejo". "¡Kannitverstan!", fue la respuesta. Entonces le rodaron por las mejillas al buen hijo de Tuttingen dos gruesas lágrimas, y se sintió primero oprimido, y luego aliviado en el corazón. "¡Pobre Kannitverstan!", exclamó. "¿Qué has sacado de toda tu riqueza? Cabalmente lo mismo que yo obtengo de mi pobreza: un traje de muerto y acaso un poco de romero sobre el pecho frío". Con estos pensamientos acompañó al presunto Kannitverstan hasta que le vio sumirse en el descanso de la sepultura. El sermón funeral, del que no entendió una palabra, le conmovió más que muchos sermones alemanes de los que no hizo caso. Finalmente, aliviado el corazón, acompañó a los que se fueron, y en una posada en la que se entendía alemán comió con buen apetito un trozo de queso de Limburg. Y cuando alguna vez le volvió a entristecer el hecho de que haya tantos ricos en el mundo y él sea tan pobre, se acordó siempre de Herr Kannitverstan, de Amsterdam, de su gran casa, de su enorme barco y de su estrecha sepultura.

APARECE PEQUEÑA OBRA DE JAMES JOYCE

Entre los manuscritos de un coleccionista de Nueva York ha sido descubierto una narración de amor —no publicada todavía— del irlandés James Joyce, de 16 páginas de extensión, reveladoramente titulada "Giacomo Joyce". Tiene por tema el amor de Joyce por una mujer joven, a la que daba privadamente lecciones en Trieste, en 1914. Se trata de un cuaderno de notas com-

prado a un hermano del escritor por el coleccionista. A principios del próximo año será publicada la narración por la editorial "Viking Press". Según el biógrafo de Joyce, profesor Richard Ellmann, se trata de una pequeña "gran obra", la única del autor que sucede fuera de Irlanda. Es también la única descubierta desde su muerte.